

Los olvidados en *Cien años de soledad*

*Elizabeth Montes Garcés**
University of Calgary

Resumen: Este ensayo demuestra que en *Cien años de soledad* la caracterización de personajes marginales como los indígenas guajiros y Rebeca Buendía subvierte las premisas bajo las cuales se construye la nación según los conceptos de Homi Bhabha en *The Location of Culture*.

Descriptores: García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*; Cultura Wayúu; Guajira.

Abstract: This essay demonstrates that in *One Hundred Years of Solitude* characterization of marginalized figures such as Rebeca Buendía and the Guajiro Indians undermines the rules under which the nation is constructed according to the theoretical concepts explained by Homi Bhabha in *The Location of Culture*.

Key words: García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*; Wayúu Culture; Guajira.

Cien años de soledad del colombiano Gabriel García Márquez es una de las novelas más comentadas en el marco de la literatura mundial. La novela ha sido analizada desde varias disciplinas, incluyendo la narratología, la arqueología, la psicología, la historia, la filosofía y los estudios feministas. En los estudios comparativos se subraya cómo en la obra de García Márquez, al igual que en la de William Faulkner, el mundo de Macondo se convierte en un microcosmos de Colombia y en general de toda Latinoamérica. Curiosamente, en la vasta crítica publicada no se ha abordado ampliamente el tema de cuáles son las premisas culturales bajo las cuales se crea Macondo y quiénes resultan excluidos de dicho mundo. Benedict Anderson (1991) ha señalado en *Imagined Communities*, que lo distintivo de una comunidad es el estilo en que se imagina

* Elizabeth Montes Garcés es doctora de la Universidad de Kansas (1993) y enseña Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Calgary en Alberta, Canadá; Department of French, Italian and Spanish; University of Calgary; Craigie Hall D 319; Calgary, AB T2N 1N4; Canada; montes@ucalgary.edu.

y se proyecta a sí misma. En *Cien años de soledad*, la nación se plantea como la aldea utópica organizada bajo los criterios culturales occidentales de José Arcadio Buendía y apoyada por un documento escrito: los pergaminos de Melquíades. Sin embargo, el proyecto de nación formulado por el patriarca se ve profundamente subvertido por la visión del mundo y la conducta de personajes que nunca se pueden integrar a la sociedad macondina: Rebeca Buendía y los indígenas guajiros Visitación y Cataure. El propósito de este ensayo es analizar las premisas bajo las cuales se construye la nación y cómo se subvierten a través de la caracterización de los personajes marginales. El silencio de Rebeca y de los guajiros es un discurso minoritario que consigue desestabilizar las dicotomías: centro/periferia, indio/colono, femenino/masculino y oralidad/escritura de la retórica oficial, para destacar que toda nación que ignore al otro está irremediablemente condenada a la autodestrucción y a la violencia.

Una de las premisas fundamentales sobre las que se cimienta la nación es el origen de sus habitantes. Úrsula Iguarán y José Arcadio Buendía provienen de una “ranchería de indios” de la Guajira, pero su origen es netamente castizo. Según el narrador, el tatarabuelo de José Arcadio era un “criollo cultivador de tabaco”, mientras que su socio, el tatarabuelo de Úrsula, era aragonés. La relación entre las dos ramas de la familia es tan estrecha que Úrsula y José Arcadio temen que los persiga la maldición del incesto, que ya había producido en el pasado un vástago con cola de cerdo. Así, en la base de la formación de la comunidad macondina prevalecen tres rasgos fundamentales: el miedo al incesto, la preeminencia del esquema patriarcal y el claro origen español de los fundadores. Bajo estas tres premisas se cimienta la nueva comunidad de Macondo y por ende la nación entera.

Desde las primeras páginas de la novela se nos describe la travesía de los colonos desde la Guajira hasta las cercanías de la Ciénaga Grande y la fundación de Macondo. Después de dos años de viaje, los emigrantes, entre los que se encuentran las mejores familias del pueblo, acampan “a la orilla de un río pedregoso cuyas aguas parecían un torrente de vidrio helado” (27). Araíz de un sueño en que se le presenta a José Arcadio “una ciudad ruidosa con casas y paredes de espejo” llamada “Macondo”, el patriarca decide fundar la ciudad y otorgarle ese nombre. A José Arcadio no sólo se lo caracteriza como jefe de familia, sino también como un “patriarca juvenil” que “había dispuesto de tal modo la disposición de las casas, que desde todas podía llegarse al río a abastecerse de agua, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor” (15). Aparentemente, ésta es “una aldea feliz donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto” (15).

Sin embargo, en la “aldea feliz” existen grupos minoritarios que se convierten en sirvientes de los colonos. Se trata de los indios guajiros Visitación y Cataure, quienes llegan a la casa de los Buendía escapando de la peste del insomnio. Nos dice el narrador: “Ambos eran tan dóciles y serviciales que Úrsula se hizo cargo de ellos para que la ayudaran en los oficios domésticos” (37). Homi Bhabha, en *The Location of Culture*, cita a Gramsci para señalar que las minorías “carecen de autonomía, están sujetos a la influencia y a la hegemonía de otro grupo social” (1994, 59). En el caso de Macondo, los guajiros son los criados y desempeñan un papel marginal dentro de la sociedad, pues nunca se integran completamente a ella.

No obstante, Visitación y Cataure ejercen una influencia profunda en la vida diaria de los Buendía. Los niños Amaranta y Arcadio aprenden la lengua guajira antes de hablar el castellano y disfrutaban de la comida indígena consistente en caldo de lagartijas y huevos de arañas. Las tribus de la Guajira colombiana viven en una sociedad matriarcal que se aprovecha de todos los elementos de la tierra para nutrirse y sobrevivir. El hecho de que los niños Buendía adopten la lengua y las costumbres indígenas, ejemplifica uno de los casos en los que el orden matriarcal de la cultura guajira entra a desestabilizar el orden patriarcal establecido por José Arcadio Buendía.

En la lectura que hace Julia Kristeva de la teoría lacaniana (Selden, 1985), la crítica distingue entre lo semiótico y lo simbólico. El primero se refiere a la etapa pre-edípica en la cual predominan el deseo y el instinto, y no se manifiesta en una lengua *per se*, sino en el balbuceo. Esta etapa está fuertemente asociada con el cuerpo de la madre. En contraposición se encuentra lo simbólico, asociado con la ley del padre que reprime y regula esos impulsos para producir un sistema organizado de reglas sintácticas que constituye la lengua y cuya función fundamental es organizar los elementos en torno a un sujeto.

En la narrativa que nos ocupa, resulta evidente que los indígenas operan dentro de un sistema cultural regido por la preeminencia de la madre (lo semiótico) y del sistema metafórico de la lengua indígena. Una vez que irrumpen en la casa de los Buendía, Visitación y Cataure comienzan a desestabilizar el orden simbólico que ha establecido José Arcadio tanto en su casa como en toda la comunidad de Macondo. Su influencia resulta tan poderosa que amenaza con destruir totalmente las bases de la sociedad macondina, porque su lengua no es el español y su sistema de vida se basa en el matriarcado.¹ Esa es quizás la razón por

1 En el sitio <http://www.econatura.org/revista2/Secciones/OtrosP.htm> se señala que el pueblo guajiro “vive formando unos 30 grupos familiares llamados castas, que son de carácter matriarcal;

la cual los indígenas operan en los márgenes de esta sociedad, ellos son “el otro” que intenta penetrar y socavar de alguna manera la formación del ego cultural de la nación.

Del mismo modo, Rebeca se constituye en un personaje cuya caracterización pone de manifiesto la fragilidad del sistema patriarcal de la sociedad macondina. Ella llega al pueblo traída por unos traficantes de pieles con una carta bajo el brazo que la identifica como hija de los presuntos parientes de los Buendía, Rebeca Montiel y Nicanor Ulloa. La niña, a quien se la llama Rebeca en recuerdo de su madre, es un ser huraño y silencioso que “desde el momento en que llegó se sentó a chuparse el dedo en el mecedor y a observar a todos con sus grandes ojos espantados” (40). Su conducta infantil y su mutismo encajan en las características de la etapa pre-edípica de la que habla Kristeva. Con su rebeldía, su vicio de comer tierra y cal de las paredes y su persistencia en utilizar “los enrevesados jeroglíficos” que no eran más que las “groserías más gruesas que se pudieran concebir” en la lengua guajira, Rebeca logra exasperar todos los ánimos y llevar hasta el límite la paciencia de Úrsula, hasta tal punto que esta última decide darle bebedizos de ruibarbo con naranja y “complementar el tratamiento con correazos” (41). Es decir, la conducta de la niña es tan extraña al comportamiento y al modo de actuar aceptado en la comunidad que se recurre hasta la violencia para evitar lo que se considera una desviación total del modelo.

La interacción entre Úrsula y Rebeca ejemplifica la relación que se da entre los grupos mayoritarios y los minoritarios en la nación según Homi Bhabha. Para el crítico, dentro de este tipo de relaciones se da lo que denomina la “mímica colonial” que se define como: el deseo de reformar al otro reconocible, como un sujeto diferente, que casi es el mismo pero no exactamente. Lo que quiere decir que el discurso de la mímica está basado en la ambivalencia; para ser efectiva, la mímica debe continuar produciendo resbalones, excesos y diferencia (1990, 86).

Úrsula utiliza todos los medios a su alcance para hacer encajar a Rebeca dentro del modelo de lo que debe ser una niña perteneciente a la familia Buendía y a la comunidad de Macondo. No obstante, sus intentos resultan continuamente fallidos porque en los momentos de crisis Rebeca vuelve a los hábitos infantiles y a los que adquirió en la comunidad guajira. Por ejemplo, cuando Rebeca se enamora perdidamente de su hermano José Arcadio, la mujer ya adulta adopta

cada una de ellas posee su propio territorio y se identifica con un animal determinado. La casta está tan íntimamente ligada a su ganado que no se concibe la una sin el otro”.

de nuevo la conducta infantil que la caracterizaba antes de su llegada a Macondo: “Volvió a comer tierra y cal de las paredes con la avidez de otros días y se chupó el dedo con tanta ansiedad que se le formó un callo en el pulgar” (79). El vicio de comer tierra es un hábito que la asocia con las costumbres indígenas, mientras que chuparse el pulgar refleja la búsqueda del pezón materno y de la unión con lo femenino.

A pesar del aparente sometimiento inicial de Rebeca ante los esfuerzos de Úrsula, pues la niña empieza a hablar en castellano y no come tierra por un tiempo, Rebeca despliega su poder transgresor de otras maneras. Una noche, la india Visitación despierta y reconoce en Rebeca los síntomas de la peste del insomnio cuya secuela más funesta era el olvido, ya que “cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas, y aún la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado” (42). A consecuencia del contacto con Rebeca, no solamente los Buendía, sino todos los habitantes de Macondo se contaminan del olvido que les hace perder el conocimiento y la noción de su ser individual y colectivo. Curiosamente, la peste llega a afectar la misma base del sistema falocéntrico, pues los macondinos temen llegar a olvidar “los valores de la letra escrita” (45). Es decir, Rebeca pone en peligro la base misma de la sociedad patriarcal. Como señala Julia Kristeva, ella “es ‘la otra’, quien se ubica afuera y amenaza con desestabilizar el orden consciente y racional del discurso” (Selden, 1985, 144).

Debido a su género y a la enfermedad que acarrea, Rebeca se convierte en un ser doblemente marginado. No obstante, a partir de esa posición ella también se constituye en “el otro” que crea un discurso de silencio que socava profundamente los parámetros bajo los cuales se ha inventado Macondo. Homi Bhabha propone que la nación moderna está enfrentada a una escisión dentro de sí misma determinada por la heterogeneidad de la población, y agrega: “La nación escindida en sí/misma, alienada de su eterna auto-generación, se convierte en un espacio liminal que está marcado internamente por los discursos de las minorías” (1990, 148). En *Cien años de soledad*, la peste del insomnio es un momento clave de la novela en el que se manifiesta el discurso de los marginados, de quienes no pertenecen al modelo homogéneo del colono de origen español que habla castellano y de las mujeres que no participan del culto al patriarcado.

La palabra y el silencio, la memoria y el olvido, lo masculino y lo femenino se enfrentan en esta lucha sin cuartel durante la peste del insomnio, enfrentamiento que solamente se resuelve por la llegada de Melquíades. Es irónicamente Visitación, la india guajira que proviene del mundo matriarcal y de los terrenos de la oralidad, quien le abre la puerta a Melquíades, el portador de la cura mágica contra el olvido, la re inserción de la escritura y del orden patriarcal en el entorno macondino. A partir de este momento, la narrativa no vuelve a referirse a los indígenas o al impacto que su cultura deja en la comunidad, y los lectores perdemos totalmente de vista a Visitación y a Cataure. Tal parece que, como lo temía Cataure, la enfermedad del insomnio iba a tener consecuencias devastadoras para él y su cultura. Irónicamente, si antes Cataure y Visitación habían huido porque la peste del insomnio “los había obligado, a ella y a su hermano, a escapar de un reino milenario donde eran príncipes” (42), ahora con la llegada de Melquíades y la re inserción de la escritura, su identidad y su cultura quedan totalmente borradas.

No obstante, Rebeca persiste como la fuerza avasalladora de lo femenino que se rebela en contra del status quo. Dos factores fundamentales hacen de su presencia una amenaza constante: su pasión desbordada y la determinación con la que se involucra en una relación que se percibe como incestuosa. El erotismo de Rebeca se convierte en una fuerza incontenible que socava el poder de lo masculino. Recordemos que cuando José Arcadio llega a la casa de los Buendía procedente de sus viajes en alta mar, Rebeca se manifiesta fuertemente atraída por los atributos físicos de éste y busca cualquier oportunidad para tener contacto físico con él. El narrador comenta: “Sólo Rebeca sucumbió al primer impacto” al ver a José Arcadio, y agrega más adelante que “buscaba su proximidad con cualquier pretexto” (79). Es ella quien va a buscarlo a su cuarto la primera vez que hacen el amor, y a partir de allí los une una pasión incontenible.

A pesar de que se casaron “en la misa de cinco” y que el padre Nicanor “reveló en el sermón del domingo que Rebeca y José Arcadio no eran hermanos” (80), la sombra del incesto los persigue.

Geyer-Ryan señala que “la más fuerte represión del deseo del incesto en el hombre y, en consecuencia, la más fuerte negativa de su propio cuerpo [...] son necesarios para la preservación del orden patriarcal” (1994, 161). La familia Buendía hizo la peregrinación desde la Guajira para evitar el incesto y con él su propia autodestrucción. Sin embargo, la alianza que une a José Arcadio y a Rebeca es una fuerza incontenible que, de persistir y reconocerse como parte de la familia, significaría el fin de la estirpe y del orden patriarcal que rige la

comunidad. Ésta es precisamente la razón por la cual el matrimonio de Rebeca y José Arcadio son una “inconcebible falta de respeto” a los ojos de Úrsula y por ello esta última les impide vivir en la casa. Rebeca y José Arcadio pasan a convertirse en proscritos y se ven forzados a alquilar “una casita frente al cementerio”, la cual, según el trazado inicial del patriarca, estaba ubicada en las afueras del pueblo. El desafío de la ley contra el incesto los ha relegado a la posición de marginados pero su pasión es tan desbordada que “los vecinos rogaban que no fuera a perturbar la paz de los muertos” (80). La vida y la muerte, el centro y la periferia, lo masculino y lo femenino se conjugan aquí para cuestionar el orden patriarcal vigente.

Recordemos que a partir de su regreso de sus múltiples viajes alrededor del mundo, José Arcadio también se ha convertido en “otro”. Al igual que Rebeca a su llegada a Macondo, José Arcadio no encaja en la familia porque “hablaba el español cruzado con jerga de marineros” (78). Sus hábitos y sus maneras irritan a los Buendía. Su madre Úrsula no podía creer que “el muchacho que se llevaron los gitanos fuera el mismo atarván que se comía medio lechón en el almuerzo y cuyas ventosidades marchitaban las flores” (79). También, al igual que Rebeca, el lazo con su madre es muy firme, a pesar de haber vivido tan alejado de su casa, pues “dio muestras de una simpatía radiante” cuando le contaba a su madre las aventuras que había experimentado como marinero, ante lo cual “Úrsula lloraba en la mesa como si estuviera leyendo las cartas que nunca llegaron, en las cuales relataba José Arcadio sus hazañas y desventuras” (79). El hecho de que se subraye que José Arcadio prefería contar a escribir, también lo acerca a la cultura oral. Curiosamente, a pesar de todas las dificultades que tiene José Arcadio para adaptarse de nuevo a los Buendía, es realmente Rebeca la única que acepta y abraza completamente la diferencia con respecto a José Arcadio, y al casarse cuestionan profundamente la validez del patriarcado.

Tanto la relación entre Rebeca y José Arcadio como el lugar donde viven, inician en la narrativa el proceso de diseminación al que alude Homi Bhabha. La relación incestuosa de los hermanos mina los cimientos de la “nación” porque podría significar el fin de la estirpe y la preeminencia de lo masculino y favorecer, en cambio, el surgimiento del orden matriarcal que es precisamente del que proviene Rebeca. Por otro lado, la focalización exterior que predomina en la narrativa para describir unos cuantos detalles de la relación de la pareja, refleja el poder transgresivo que dicha alianza puede causar al esquema de “la aldea feliz” que se nos planteaba al principio de la novela.

Es más, con el objeto de no perturbar el balance en el esquema narrativo, el narrador opta por utilizar varias elipsis que no permiten al lector conocer las intimidades ni tampoco las andanzas de los dos personajes en cuestión. Tanto Rebeca como José Arcadio se han reducido “al olvido” y al silencio narrativos. La reaparición de ambos personajes se da solamente cuando se produce el homicidio de José Arcadio.

Al respecto cabe señalar que a través de la narrativa a José Arcadio se lo caracteriza como “un protomacho” con fuerza inverosímil que rifaba su miembro entre las prostitutas a “diez pesos el número” (79). La primera vez que hace el amor con Rebeca, José Arcadio despliega una violencia tal que el narrador comenta, centrando la focalización en Rebeca: “Ella tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no morir cuando una potencia ciclónica asombrosamente regulada la levantó por la cintura y la despojó de su intimidad con tres zarpazos, y la descuartizó como a un pajarito” (80).

Si bien el lector puede aceptar que se trata de un encuentro amoroso que causó “un placer inconcebible”, también cabe la posibilidad de que se trata de una violación. Ahora bien, si no ocurrió en esta ocasión también se puede pensar que pudiera haber ocurrido en los años de convivencia juntos, y que por esa razón se insinúe en el texto que es en realidad Rebeca la que mata a José Arcadio. El narrador confiesa que “nadie pudo concebir un motivo para que Rebeca asesinara al hombre que la había hecho feliz” (110). Pero la ambigüedad de esta aseveración abre la novela a diversas interpretaciones.

Después de un gran silencio narrativo acerca de Rebeca, el personaje aparece de nuevo mencionado en el texto. En esa ocasión Rebeca tiene un enfrentamiento con Aureliano Triste, uno de los hijos del Coronel Aureliano Buendía, quien se parece mucho a José Arcadio. Aureliano investiga acerca de una propiedad casi derruida, ubicada en la esquina de la plaza, y los vecinos le informan que “era una casa de nadie, donde en otro tiempo vivió una viuda solitaria que se alimentaba de tierra y cal de las paredes” (175).

Aureliano asume que la casa está vacía, y por ello empuja la puerta principal y ésta se viene abajo. Al disiparse el polvo, Aureliano “vio en el centro de la sala a la escuálida mujer todavía vestida con ropas del siglo anterior [...] (quien) le estaba apuntando con una anticuada pistola de militar” (175). Poco después el narrador señala, centrando la focalización en Rebeca, que ésta observa a Aureliano “en la neblina de otro tiempo, con una escopeta de dos cañones terciada a la espalda y un sartal de conejos en la mano”, y exclama en voz baja: “no es justo que ahora me vengan con ese recuerdo” (176).

Generalmente, el arma de fuego se asocia con el órgano sexual masculino y con el poder que éste ejerce. El hecho de que Rebeca empuñe el arma contra quien cree que es su marido pudiera significar que fue en realidad ella la que lo mató, y de ese modo terminó la opresión que él ejercía sobre ella. Rebeca consigue establecer su poder en su casa y en su cuerpo, dominio que defiende a pesar de que tiene que posesionarse del arma del “otro”. Es decir, al empuñar el arma Rebeca se apodera del “falo” y destruye el sujeto que la ha tenido sometida por años, restableciendo de ese modo el poder de lo femenino que le ha sido arrebatado.

Es preciso tener en cuenta que Rebeca se asocia con la casa derruida y, sin embargo, ella sobrevive a las guerras civiles y a todos los desastres que ocurren en Macondo; su entereza persiste a pesar del olvido al que la sometieron los Buendía y el resto de los macondinos. Tal pareciera que al igual que en el caso de los indios guajiros, Rebeca con sus costumbres ancestrales y su conducta inusual resiste los embates de la aculturación y la violencia masculinas. El afecto y el respeto con los cuales reinserta Úrsula a Rebeca en el caudal de sus recuerdos son indicativos de la persistencia del “otro”.

Úrsula evocó a Rebeca con un recuerdo limpio de impurezas, pues la imagen de la criatura de lástima que le llevaron a la casa con el talego de huesos de sus padres, prevaleció sobre la ofensa que la hizo indigna de continuar vinculada al tronco familiar (176). Si en el pasado Úrsula expulsó a Rebeca de su casa, ahora, al escuchar el relato que hizo Aureliano Triste de su encuentro con ella, “lloró de consternación” y reconoció el poder de lo femenino, porque prefiere recordar a Rebeca como una criatura atada a sus ancestros, o sea, al mundo matriarcal de donde provino. Úrsula reconoce que Rebeca como ninguna había sobrevivido al “tiempo, las guerras, los incontables desastres cotidianos” (176), e incluso al olvido al que la habían sometido los Buendía y todos los macondinos.

De hecho, es la insistencia en aniquilar y “olvidar” al otro lo que produce la extinción total de la estirpe de los Buendía. Arcadio, el único hijo que José Arcadio tuvo con Pilar Ternera, muere acribillado por el pelotón de fusilamiento en el muro frente al cementerio, mientras Rebeca es la última quien le da la despedida con la mano antes de recibir el impacto de las balas. Como menciona Bhabha en *The Location of Culture*: “El objetivo de la diferencia cultural es rearticular la suma del conocimiento desde la perspectiva singular del ‘otro’ que resiste la totalización” (1994, 312). Si Melquíades intenta con sus pergaminos ofrecernos una narrativa totalizante que asegure en última instancia la extinción de la estirpe, personajes como los indios guajiros Visitación y Cataure y Rebe-

ca Buendía proponen el discurso de las minorías que mina el poder del orden patriarcal y socava las dicotomías masculino/femenino, centro/periferia, indio/colono, oralidad/escritura. Solamente hasta que se reconozca y acepte al “otro” tendremos “una segunda oportunidad sobre la tierra” y será posible la paz y la concordia, y se asegurará el futuro para las generaciones venideras.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. New York: Verso, 1991.
- Bhabha, Homi. “DissemiNation: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation”, en: *Nation and Narration*. London, New York: Routledge, 1990, 291-322.
- _____. *The Location of Culture*. London: Routledge, 1994.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Bogotá: Oveja Negra, 1983.
- Geyer-Ryan, Helga. “Space, Gender and National Identity”, en: *Fables of Desire: Studies in the Ethics of Art and Gender*. Cambridge: Polity Press, 1994, 155-163.
- Selden, Raman. *A Reader’s Guide to Contemporary Literary Theory*. Lexington: University Press of Kentucky, 1985.